

## DE ESPAÑA A MÉXICO: UN VIAJE INCIERTO. REFUGIADOS ESPAÑOLES EN CHIAPAS

María Mercedes Molina Hurtado<sup>1</sup>

*“México es un país que penetra en la conciencia de la gente.  
Hay otros países que rechazan, pero México los absorbe.”*

José Sampietro

### Introducción

Rememorar un acontecimiento basado en relatos de hombres y mujeres cargados de emotividad, de recuerdos, de sueños cambiados, es algo que como seres humanos nos colma de conocimientos. Las experiencias en su país natal, más su recorrido por tierras y culturas diferentes, nos comunican sus cuitas y nos enseñan, además, una ruta, una forma de ver su historia, de hacerla y de cómo difundirla.

Describir su vida, su trayectoria: de un habitual momento a una guerra, a un campo de concentración, a un exilio, a un abandono, a un no regreso, es precisamente lo que enriquece un método, un camino a seguir. Tras sus pasos y sus testimonios, la historia nos habla a través de ellos. Más que contar sus vidas, los refugiados que me acompañaron en este sendero mostraron que para alcanzar un objetivo por medio de la historia oral había que tener algo más que espíritu investigativo, un deseo profundo de conocer hacia dónde había conducido una guerra a un grupo de patriotas que luchaban por unos ideales, lo que les ofreció

---

<sup>1</sup> Doctora en Estudios Latinoamericanos —historia—, docente de la Facultad de Ciencias Humanas y Económicas, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Correo electrónico: mmmolinah@unal.edu.co.

una nación completamente desconocida, e insistir en un sinnúmero de porqués, como la decisión de quedarse, de naturalizarse, de desplazarse por otros lugares de la nación azteca, el tipo de trabajo desempeñado, sus hijos, sus mujeres, su retorno como turistas, etcétera.

Las contradicciones que se hallaron en sus narraciones quizás se debieron al factor tiempo —medio siglo después de su llegada—. Un común denominador se evidenció siempre: un gran hombre, Lázaro Cárdenas, y un gran pueblo, México.

La historia de estos refugiados presenta una cara más del exilio con características particulares: el barco con cerca de 600 pasajeros de todas las edades, la mayoría españoles, zarpó de Burdeos rumbo a Santo Domingo, donde Trujillo, su dictador, cobraba una cuota por cada persona aceptada y, sin embargo, rechazó este último grupo. Francia entró en la Guerra Mundial. Franco ya estaba en el poder. En México había ganado las elecciones Ávila Camacho y Cárdenas prácticamente había cerrado el asunto de la emigración, por lo que no desembarcaron en el puerto de Veracruz sino que descendieron en Coatzacoalcos.

### La narración histórica

Muchas y pintorescas son las anécdotas que relatan los entrevistados sobre los acontecimientos ocurridos en la travesía, desde Santo Tomás hasta el puerto de Coatzacoalcos, todas ellas plenas de emotividad a pesar del contratiempo en Santo Domingo que, por cierto, celebraron porque les permitió vivir en México:

La mayor alegría que pudo significar todo para nosotros fue que en Coatzacoalcos no se veía el puerto, no se veían las casas, no se veía nada. Toda su gente: petroleros, vendedores, comerciantes, civiles, albañiles, todo el mundo vino a recibirnos con banderas, a hacernos una gran recepción. Y fue algo tan bonito llegar a México, pues ¿qué nos debía a nosotros México? Nada. Y sin embargo, nos lo daba todo (Francisco Lacasa).

Mi padre cuenta que les impresionó mucho el recibimiento: Él, de México no sabía ni dónde estaba en el mapa. Era una tierra completamente desconocida. Entonces Coatzacoalcos se llamaba Puerto México. El río era limpio. La rada era maravillosa (Andrés Fábregas Puig).

Uno de los objetivos que tenía el presidente Cárdenas con este grupo era su distribución por diferentes lugares de la República y que, de esta manera, no se generaran cambios drásticos a nivel económico y demográfico. Unos fueron

destinados a Oaxaca, otros a Puebla, a Guadalajara, Monterrey, Veracruz, Ciudad de México, Chihuahua, Morelia y Chiapas. Las poblaciones donde se distribuyeron en este último estado fueron Tuxtla Gutiérrez, San Cristóbal de Las Casas, Huixtla y Tapachula.

A este grupo se le ofreció asilo si su actividad era la agricultura, pues una de las propuestas de Ávila Camacho era que se concluyera la Reforma Agraria en esta zona del país: Chiapas. Para tal efecto y por su sobrevivencia, todos se convirtieron en trabajadores del campo —aunque sólo fuera de nombre.

En agosto de 1940 llegaron a San Cristóbal de Las Casas 37 exiliados políticos, entre ellos una mujer y su hija de cinco años, con diferentes profesiones u oficios, todos en edad productiva. Socialistas y comunistas unidos para empezar una nueva vida: libres de los campos de concentración, de guerras, plenos de esperanza y con ánimos de salir adelante en esta tierra que, sin pedirles nada, les brindaba todo:

Hicimos el viaje en el ferrocarril de Coatzacoalcos, Tierra Blanca, Arriaga. De Arriaga en camiones a Tuxtla y después de Tuxtla a San Cristóbal. (Joaquín Hernanz Humbrias).

Fue horrible. Nos metieron en unos camiones de redilas y pasamos por una selva, porque aquello ni era carretera, ni era camino [...] tuvimos la desgracia, además, de que empezó una lluvia torrencial (Mario Albacete Díaz).

Algunos se bajaron del camión y continuaron su recorrido a pie hasta San Cristóbal contribuyendo a disminuir el peso del vehículo pues éste se había averiado. Por cierto, en un artículo aparecido en uno de los periódicos locales con el encabezado “Los coletos y la Guerra Civil Española. Fray Bartolomé y los Refugiados”, se recuerda este accidentado viaje:

Los vecinos de San Ramón que estaban celebrando su fiesta anual los vieron pasar en dos desvencijados camiones Ford que habían hecho el viaje desde Arriaga. Una raíz sentimental nos unía en llanto, la nostalgia y el infortunio. En ese momento, pensamos, se agitaba el espíritu luminoso de Fray Bartolomé de las Casas.

Representantes de todas las fuerzas políticas nos esperaban allí. Luego hubo gran recibimiento, discursos, etcétera. Pero vimos toda la población cerrada completamente. Y, entonces, después nos enteramos que por la mañana el cura había hecho un gran discurso diciendo que llegaba un

grupo de asesinos, rojos. El recibimiento fue hostil, dirigido por bandoleros (Manuel Martínez Roca).

En los primeros días fueron hospedados en pensiones. No poseían dinero, solamente un auxilio dado por la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE), para el transporte. Luego estuvieron alojados en una vieja casona que había servido para la campaña presidencial, ubicada en lo que hoy es la segunda calle de Guadalupe Victoria:

En Chiapas fuimos bien recibidos, a excepción del clero que no nos ayudó. Decía que nosotros nos comíamos a los niños, a las mujeres y a las monjitas en España. Pero lo que es el pueblo nos atendió y nos ayudó, principalmente este señor, creo que era Urbina. Él nos ayudó mucho y nos protegió (Carlos Frutos).

La agricultura, en realidad, sólo fue el quehacer de algunos de ellos. Si bien muchos se habían declarado como gente que trabajaba la tierra, lo hicieron únicamente porque tuvieron conocimiento de que, en esos momentos, para el gobierno mexicano cultivar el campo era la actividad más necesaria.

José Sampietro nos manifestó: “no sé por qué el gobierno de México quería que nos dedicáramos a la agricultura. Insistió en que trabajáramos el campo, pero ninguno tenía manos para trabajar en el campo.” Así se expresó Ángel Quintanilla:

En España era agricultor. Mis padres tenían una granja. Trabajé año y medio en San Cristóbal, luego en Tapachula y en Soconusco. Fui administrador de una finca platanera. También le hice de profesor y cantante de flamenco. Todo esto hasta el año de 1944, después viajé a la Ciudad de México (Ángel Quintanilla).

Varias fueron las actividades realizadas por estos hombres en San Cristóbal de Las Casas, desde hacer pan, sembrar hortalizas, vender huevos y gallinas, hasta ejercer como albañiles, carpinteros, conductores de camiones de carga, etcétera.

También se dedicaron a otras labores como la capacitación a los propios compañeros. Sampietro nos cuenta que “daba clases al grupo de primaria; había algunos que escasamente sabían leer.” Asimismo, realizaron reuniones con jóvenes estudiantes para tratar asuntos relacionados con la lucha de los republicanos en España.

En fin, cada uno aportaba en la medida de sus posibilidades y, cuando realmente no encontraron qué hacer, partieron algunos hacia diferentes lugares del país y otros, como Manuel Martínez Roca, terminaron regresando a España:

A petición del gobierno nos dedicamos a hacer o construir varias escuelas por distintos poblados de Chiapas. Tres de nosotros construimos una panadería y vendimos pan a la población. Y cuando empezó la carretera panamericana, trabajamos como capataces durante un tiempo. Pero como pasaba el tiempo y no teníamos porvenir, fuimos marchando, unos a la Ciudad de México, otros a otras partes de la República (Antonio López Brianzó).

La idea de construir el horno para una panadería se debió a que no les gustaba aún el sabor de la tortilla y tampoco encontraban el pan al que estaban acostumbrados.

Durante un tiempo tuvieron que vivir una etapa de rechazo por parte del pueblo, incluyendo los grupos indígenas. Pero más tarde, día tras día, fueron ganando terreno afectivo, lo cual les permitía una mejor adaptación y acoplamiento a la nueva tierra que los protegía:

Poco a poco fueron atendiéndonos mejor, debido a nuestro comportamiento. Al principio, tal vez por la propaganda que podían haber hecho de nosotros, no éramos muy bien recibidos, pero nuestro comportamiento, nuestro trabajo y demás hicieron que la gente fuera formándose un concepto de nosotros y nos fue ayudando más (Carlos Frutos).

Su contacto con la Iglesia, aunque indirecto, fue adverso, como lo hemos podido apreciar por los comentarios anteriores. Ante la fama predicada por aquella, nos dice Joaquín Hernanz, “actuamos llevando una vida metódica, demostrando que no era lo que decían de nosotros y haciéndolos que, con el tiempo, supiesen respetarnos.”

En cuanto a los antiguos españoles que residían en estas tierras de México, se presentó una situación contradictoria. Inicialmente, y por alguna sugerencia, los recién llegados no debían tener relaciones con ellos por considerárseles franquistas, pero es probable que haya habido de todo. Nuestros colaboradores lo manifiestan indistintamente:

Pues mire, al principio los representantes de San Cristóbal de los partidos políticos iban con una idea muy estrecha, a mi parecer. Ellos creían que no

debíamos tener contacto con la colonia española residente allá. Yo decía ¿por qué? ‘Sencillamente porque son gente reaccionaria’ (Mario Albacete Díaz). El gobierno en general nos recibió muy bien; en cambio, el clero y los españoles; viejos residentes nos recibieron muy mal. Pues eran falangistas, estaban unidos con los alemanes que vivían aquí en San Cristóbal. Y hubo quien tenía allí un hotel que se llamaba “Hotel Español”, pues le quitó el nombre porque creía que íbamos a ir a pedirle alguna cosa (Joaquín Hernanz Humbrías).

El grupo estuvo sin dispersarse unos cuatro o cinco meses y luego quedaron cerca de doce del grupo inicial. Joaquín Hernanz nos dice que “unos se fueron para México, otros para otra parte a abrirse camino.”

Legalmente no era tan fácil salir de San Cristóbal, pues recordemos que estaba el antecedente de la petición presidencial de distribuirse por todo el país y de trabajar el campo en zonas agrícolas como Chiapas, por ejemplo. Y además, supone Martínez Roca que la orden de quedarse en el lugar asignado provenía de Indalecio Prieto, quien dirigió la JARE. Quizás esto también contribuía a una mejor organización y control por parte de los representantes del gobierno en el exilio. Sin embargo, dadas las condiciones de desarrollo económico en algunas poblaciones, no era posible la consecución de un trabajo que les permitiera radicar en ellas:

Allí empezamos y yo estuve nueve meses. Pero el problema ahí era irse de San Cristóbal porque no había posibilidad de trabajar. Nosotros estábamos obligados a quedarnos... La orden de Gobernación era que nosotros no podíamos salir de San Cristóbal de Las Casas sin permiso del alcalde; no podíamos salir del estado de Chiapas sin permiso del gobernador. Entonces, la primera ocasión que se presentó una necesidad de ir fuera de la ciudad, fuimos a ver al alcalde y le dijimos esto. Y él contestó: ‘Miren, yo no puedo darles permiso porque tengo órdenes de no dárselo; pero oigan, no me lo pidan y váyanse donde quieran y yo no me entero de nada’. Así lo hicimos. Total, no había posibilidad hasta que allí vino uno de la JARE. Nos peleamos con él. Nos pagó los gastos que hacíamos de instalación (Martínez Roca).

## Una experiencia metodológica

Más que narrar algunos fragmentos de las vidas de los refugiados, la intención es hacer referencia a aquellos pasos por los cuales se tuvo que transitar como experiencia

metodológica a través de la historia oral. Por ejemplo, el desconocimiento de dónde encontrarles cuando ya muchos de ellos habían emigrado de tierra chiapaneca hacia diferentes lugares de la República, no sólo urbanos sino rurales. Aunque el objetivo inicial era escuchar a aquellos que habían llegado en el mismo barco y con el mismo destino, no se debía dejar de lado a otros refugiados españoles que se encontraban en tierras chiapanecas: bien por su trabajo o por su familia, por un romance o porque tras conocer su gente y modo de vida decidieron que allí era donde querían quedarse.

La lista del barco, las noticias de los periódicos, la comunicación de su gente, el archivo de Historia Oral del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en la Ciudad de México, los mismos paisanos o compañeros de viaje, entre otros, fueron la base para conseguir los nombres de aquellos futuros entrevistados.

El historiador oral, además de manejar bien el tema a indagar, debe convertirse —como investigador— en periodista, sociólogo, sicólogo, viajero, turista, guía, árbitro, conductor, creador, enfermero, cómplice, detective, sacerdote y es posible que otras funciones más. Pero, sobre todo, debe ser constante, persuasivo, objetivo y afectuoso.

La guerra los había madurado como personas para adaptarse después de la tragedia a un medio propicio para vivir; les hizo incluso olvidar o hacer más pequeñas las injurias cuando las hubo y los rechazos cuando los sintieron:

Al pueblo de San Cristóbal, gracias por habernos recibido. No solamente al pueblo de San Cristóbal, sino al pueblo (en) general del México porque nos dio la oportunidad de hacernos hombres y de vivir como personas. Porque hasta que llegamos a Coatzacoalcos no habíamos vivido realmente. Habíamos sufrido tres años de guerra y año y medio de campo de concentración, que fue muy pesado para nosotros. Y realmente, llegando a México fue cuando empezamos a conocer la libertad de un pueblo (Carlos Frutos).

A diferencia de la llegada de los emigrados a las poblaciones más pequeñas de Chiapas, el recibimiento en Tuxtla Gutiérrez fue desconcertante e inesperado, lo que impulsó a algunos de ellos a marcharse pronto de esa ciudad. Sin embargo, otros se quedaron echando raíces, y sus hijos, nacidos en esa capital, no fueron únicamente muestra del gran apego a esta nueva tierra donde volvieron a la vida, sino del inmenso agradecimiento por un reencuentro consigo mismos, el cual les permitió lograr el desarrollo de cualidades innatas que en su país de origen muy probablemente no habrían podido realizar.

Como resultado de esto, vemos no sólo a aquellos descendientes destacados que han hecho brillar aún más esta entidad, sino también los logros en el campo educativo, en el campo científico, las herencias culturales y su contribución en el desarrollo comercial e industrial. Todo ello marcado con el indiscutible sello del refugiado emprendedor:

Tomamos el tren hasta Arriaga, donde unos camiones nos llevaron a Tuxtla Gutiérrez; nos desembarcaron al caer la tarde, en la plaza, en el zócalo, sin que hubiese allí ni un guardia municipal para que siquiera nos indicase dónde podíamos alojarnos o qué podríamos hacer.

Una cosa depresiva hasta más no poder. La gente que pasaba por allí nos miraba como si fuésemos diablos. Y nosotros allí con la modestia de venir de los campos de concentración y de todo esto, con los catres que traíamos de predormir de Coatzacoalcos; el que llevaba una maleta, una maleta; y el que no, un petate lleno de cosas. En la plaza de Tuxtla Gutiérrez fue una cosa horrorosa, hasta que encontramos un hotelito que se llamaba “El Hotel del Viajero” y otro hotelito chico y allí nos metimos. Hasta que al día siguiente buscamos una casa grande para todos. Encontramos una casa que tenía una gran nave, donde los que no estaban casados, desde luego, los solteros, allí nos metimos e hicimos nuestro medio de vida (Agustín de Leonardo Mingo).

Esta investigación también deja entre sus enseñanzas que no debemos esperar siempre archivos organizados; dependientes o empleados dispuestos a apoyar el trabajo; situaciones fáciles para seguir adelante; el grupo listo como esperando ser estudiado; el espacio para realizar la entrevista, en silencio; y todos los elementos necesarios o complementarios: informantes colaboradores, aprovechables, con salud, voz o disponibilidad; transporte adecuado; hombres y mujeres sin resentimientos, sin dolor, sin secuelas de la guerra o de la vida misma.

Los informantes no sólo nos transmiten sus experiencias, sus vivencias, sus triunfos, sus fracasos o su papel como actores históricos, sino que nos dejan grandes aprendizajes personales. Momentos impactantes en las narraciones donde se debe esconder o mostrar nuestra sensibilidad, valorar nuestra propia existencia o reflexionar y hacer un alto en el camino.

En Tuxtla Gutiérrez encontramos a Manuel Melo Pinilla, quien formó parte del primer grupo de refugiados que llegó a México en 1937 con los “Niños de Morelia”. Después de vivir y conocer varias ciudades del país, fijó su residencia en forma



definitiva en la capital chiapaneca. De Melo Pinilla y su vida en México podríamos decir muchas cosas, todas ellas muy loables, plenas de admiración.

La existencia de un hombre no sólo se puede apreciar por lo que hizo o dejó de hacer, sino también por lo que sintió o no pudo sentir, por lo que vivió o no se le permitió vivir. A los doce años, cuando todavía era un niño, estalló la guerra y a los trece salió para México buscando la protección de este país que los albergaba con la esperanza de regresarlos a su patria una vez que se acabara la conflagración. Pero todo cambió, aunque sólo fuera por un momento, a la llegada a Veracruz:

Ésa es la parte más grata que yo siempre recuerdo con mucho cariño y que nunca me canso de platicarla. Todo el malecón lleno de personas con una alegría... pero lleno, lleno, que hacían un mar de manos y pañuelos que nos saludaban y nosotros cantando y siempre con el puño en alto.

Bajando del barco nos subieron al tren de pasajeros. Toda la gente al frente del tren nos daba regalos. Nos dieron de todo. En aquel tiempo, inclusive, nos daban frutas que ni conocíamos como el mamey, el aguacate, el mango, la jícama, ¡la cajeta! Nos daban muchas cajetas. Fue un recibimiento realmente muy bonito, muy agradable, del que yo nunca me olvido y nunca dejo de contarlo cuando hay oportunidad. Un recibimiento muy cálido, se lo digo de corazón. Inclusive, me emociono cuando me acuerdo.

Yo soy español, pero mi segunda patria, como país, es México. Pero dentro de México, de veras, lo digo de todo corazón, mi lugar para vivir es el estado de Chiapas. Es donde vivo y es donde yo quiero estar (Melo Pinilla).

La verificación de la información con ellos mismos, aparte de que, como se dice, “cada quien habla de la fiesta según como le vaya en ella”, es también un riesgo que nos presenta la investigación y que nos hace pensar en otros aspectos muy importantes: qué censurar, qué publicar, qué rectificar, qué volver a preguntar.

Es muy común entrevistar a personas en una edad en la que no sólo se está dispuesto a hablar, sino que recuerdan el pasado como si fuera ayer. Además, se puede recibir información de carácter personal, íntimo, familiar, que no hay por qué publicar aunque se tenga autorización. El criterio del profesional o del grupo de investigación debe ser altamente riguroso para tomar decisiones en estos casos.

No todos autorizan en primera instancia. Algunos quieren escuchar sus grabaciones y corregirlas o aumentarlas luego. Por esto y otros aspectos, la investigación se puede dilatar más tiempo, de manera que hay que prever estas circunstancias.

No se encontraron temores, miedos, recelos ni rechazos en el momento de las entrevistas. Todas fueron programadas y comentadas previamente. Algunos, como el ibicenco Palerm Vich, quien antes había rechazado la posibilidad de ser entrevistado en el grupo que vino en El Sinaia, solicitó que se le escuchara desde su infancia, juventud y participación en la guerra hasta su llegada a Chiapas, en México.

Trasmitiendo otros aportes de nuestros colaboradores, podemos apreciar esos momentos de tristeza y descontento que vivieron al inicio de su nueva existencia:

La realidad es que fuimos a visitar a los sindicatos, razón de nuestras convicciones. Y los sindicatos de una manera formal nos recibían, pero nadie hizo nada por nosotros. Quizá fuese ésta una de las razones que a mí me deprimió más, y dado mi carácter que tengo, me hacía sentirme rechazado. Si en aquel momento me hubiesen propuesto un avión para llegar a España otra vez, a sabiendas de que me jugaba la vida, hubiera vuelto a España. Ha sido mi peor época de emigración. Ni las miserias, los malos tratos, la falta de respeto de los franceses fueron tan tremendos como sentir el vacío que tanto por autoridades como por sus fuerzas sindicales, como por el pueblo, se había creado en torno a los republicanos refugiados. Por lo visto creían que íbamos a asaltar las casas o a violar a las mujeres. Total que estuve defendiéndome como pude. A pesar de que no tenía permiso para venir a México, yo agarré el tren y llegué a México.

Haciendo un balance positivo, de México he recibido todo. Me permitió formar una familia, tener hijos, nietos mexicanos. Viví toda mi vida sin problemas, sin preocupaciones, sin nada absolutamente. ¿Qué más puedo pedir? (Agustín de Leonardo Mingo).

La transcripción de los testimonios igualmente es un proceso determinante para divulgar con claridad y precisión lo que se quiere mostrar sobre lo acontecido. Decisiones sobre el habla, las muletillas, los silencios, los olvidos, el llanto, la risa y otros tropiezos para entender exactamente lo que se quiso decir, deben tomarse con sensatez o discreción para el éxito del trabajo histórico.

Por la edad, igualmente, se nos presentan colaboradores a quienes queremos escuchar, pero que desafortunadamente ya la disminución de algunos de sus sentidos no nos permite hacerlo y, por consiguiente, debemos utilizar a sus familiares más cercanos, quienes con su presencia y la afirmación del personaje que nos interesa se prestan para ayudar en las respuestas. Con otros acudimos a

la escritura: pasar las preguntas y plasmarlas en un documento equivalente a la grabación para ser manifestadas. Caso particular, el de quien con su bajo tono de voz, a pesar de la baja percepción del sonido, hace levantar la nuestra.

Además, sus descendientes, mucho más jóvenes pero ahora adultos en plenitud, cuyos padres exiliados ya no están entre nosotros, los representan cargados de recuerdos, ejemplos, enseñanzas, admiración y gratitud por todo lo que ellos significaron y aportaron a sus vidas. Una segunda y hasta tercera generación orgullosamente nos señalan la herencia de un abuelo que llegó de España.

Hablando de su padre, Andrés Fábregas Puig nos dice:

Una cosa que lo fijó en Chiapas fue la belleza del valle tuxtleco. Hablaba de que había trece corrientes de agua que cruzaban por el valle y que para ellos era como el paraíso bañarse desnudos en esas corrientes de agua. Él repetía mucho “después de lo ardua que fue la guerra, yo lo que quería era descansar pero descansar en serio.” Y encontró que este lugar era el ideal.

Si su primer trabajo fue en el campo donde cultivaba para después vender sus productos en el mercado, su verdadero aporte fue en el área de la cultura. No se limitó exclusivamente a dar clases de una variedad de temas, lo cual podía hacer eficientemente gracias no sólo a la preparación académica que traía de España, a sus estudios en los colegios de jesuitas, donde el latín y el griego eran cátedras obligatorias, al conocimiento de otros idiomas, al haber sido estudiante de medicina en la Universidad de Cádiz distinguiéndose en física y química, sino porque fue un autodidacta en los campos de la filosofía, la política y la historia, y gran lector de novelas de todo tipo. Sembró en Tuxtla la costumbre española de realizar tertulias literarias en los cafés o en las cantinas.

Su hijo, Fábregas Puig, nos continúa recordando los pensamientos de su padre: “Respecto de México, le asombraba mucho la Revolución Mexicana. Fue un enorme admirador de los Flores Magón. Pensaba que México era un país simple y sencillamente insólito en el mundo.” Él decía: “Es un milagro este país y lo menos que uno puede hacer es quererlo y solidarizarse con su pueblo.” Concluye que:

Fue muy afortunada la presencia de los refugiados españoles en Chiapas, no solamente de mi papá, que hizo una gran tarea educativa. Le debe el haberse descubierto como profesor, como maestro. Le tuvo mucho cariño a los chiapanecos y al mismo tiempo fue reciprocado. La juventud lo respetó y lo quiso mucho como un gran educador.

Cuando mencioné todas las profesiones o particularidades que debe tener un historiador oral, quizás olvidé el poder de convencimiento o encantamiento para invitar o animar a nuestros actores a participar en una obra que llenará de orgullo tanto a quienes intervienen en ella, como a sus descendientes y al autor mismo.

El cumplimiento con las citas, la puntualidad, el trato respetuoso y la confianza brindada, aumentan la seguridad y la cantidad de aportes que brindan a los historiadores comprobar que ocupan un papel en la sociedad, en la historia misma. Aumentan su autoestima y perdonan su pasado.

Goyita, quien no conocía las tortillas y termina su vida en el Distrito Federal, recuerda que

... había sólo una panadería, de un catalán que hacía pan dulce. Huía del olor, y ahora cuando paso por la tortillería, que queda cerca de mi casa, aspiro para olerlas y hago las largas filas para comprarlas. Como todo con tortillas. En Tuxtla tenía hambre de pan.

Otra encantadora mujer, Delfina Ordoñez, manifestó: “Indiscutiblemente, lo que más me gusta de Chiapas —y en esto coincide con otros refugiados— es su gente:

La vida de los emigrantes siempre es más dura. Tiene que encontrarse con muchas trabas. Sin embargo, nos fue bien. Yo sabía que tenía que vivir aquí, que tenía que convivir con ustedes. Yo me adapto enseguida. La vida aquí... la logré mi esposo a fuerza de trabajo. No nos vino del cielo...

Su hija Cristel, nacida en México, en cambio, manifiesta:

He tenido problemas con mucha gente. A mí me dicen “la española”, y les digo: “Yo no soy española, yo soy mexicana”; además, yo me eduqué como mexicana. Yo no tengo ninguna referencia del otro lado. Tuve un problema muy grande con un jefe de policía municipal. Es que no se puede (estacionar) al frente de la tienda. Le digo: ‘Tiene usted toda la razón, deme dos segundos’. No, es que ni dos segundos [...] a fin de cuentas –me dice– ni siquiera tiene derecho a estar acá porque usted no es mexicana. ¿Sabes qué? Yo soy más mexicana que tú –le dije–. Tú naciste acá y no te quedó más remedio que quedarte. Yo tuve la oportunidad de irme, yo tuve que escoger una nacionalidad... y me quedé acá, así que soy más mexicana que tú.

Sus dos hijas se casaron con mexicanos. Nina, orgullosa y feliz, agrega: “Tengo cinco nietos y dos bisnietos. Nos sentimos mexicanas. Que viva México.”

Conocer la vida de estos protagonistas es conocer también una parte de la vida de un pueblo, de una nación, de un gobierno, de la historia contemporánea. Comportamientos afectados por una guerra y sobrellevados por un exilio cuya parte humana, con diferencias y semejanzas, acrecienta la del investigador, pero, aún más, brinda elementos para nuestra formación como personas integrales.

A Chiapas, además, llegaron republicanos que vinieron en busca de sus padres a los que la guerra había dejado del otro lado del mar, en España. Por ellos pudimos conocer lo que allí pasaba:

Tenía dos o tres días de haber llegado a México, todavía venía con la sicosis de la vida allí en España, que era horrible: el temor a la policía, el temor a todo el mundo. No poder hablar de nada porque en cualquier tienda, en cualquier bar o lugar público, existían letreros de “prohibido hablar de política” porque eso era tabú... Ésa era la realidad. Había racionamiento de todo. Cada quien tenía su cartilla de racionamiento. Había mucha hambre (Federico Ignacio Tirado Sánchez).

El amor filial hacia Lázaro Cárdenas, expresado por los españoles entrevistados en este trabajo y en otras indagaciones sobre el exilio español en México, hace que la admiración por este hombre y su gobierno también traspase las fronteras hacia otras nacionalidades salpicadas por estos encuentros, e indiscutiblemente esté presente en los nativos del país receptor.

La verificación de los datos obtenidos en las primeras entrevistas nos indica si debemos hacer algunas más a las mismas personas para recabar o constatar la información recibida, o nuevas para complementar o justificar una muestra o población. Igualmente, muestran si deben ser omitidos datos que no coinciden con los archivos, las tarjetas o prontuarios de migración, o con los documentos que ellos poseen como constancias de vacunación, pasaportes, fotos y cartas, entre otros.

El camino de sus nuevas actividades algunas veces les marca la trayectoria que deben seguir: sentimientos encontrados con su doble nacionalidad, la pérdida o la adquisición de una nueva. Decisiones que hacen expresar frases como las del zaragozano Francisco Lacasa, quien manifestó:

En Huixtla es donde nací. De chiquito me encerraron en un seminario. Cuando salí me metí a trabajar en una fábrica de material de construcción. Después estalló la guerra y me metieron a los campos de concentración de

Francia. Pues, francamente, ¿fue vida ésa? Haga usted de cuenta de que no viví. Entonces, yo nací en Huixtla. Soy huixtleco.

Sin embargo, es uno de los pocos que no se naturalizó, aunque afirma que le hubiera gustado mucho hacerlo. Pero siempre pensó que vino a México exiliado por ser republicano, que peleó toda su juventud por unas ideas y que, si hubiera regresado a España, hubiera ido a la cárcel. Entonces dijo: “Si yo pierdo mi rango de exiliado político, lo pierdo todo.”

También la prensa hace eco de noticias como la llegada de un grupo de refugiados al sur de México: “de la frustración de una guerra perdida, de la desolación de unos campos de concentración, surge una esperanza: Tapachula. Y el botón de estudiante en Madrid se abre para convertirse en premio Nacional de Historia de México”.

A sus escasos 19 años, debió contestar a un panfletario documento en contra de los recién llegados republicanos. Se trata de Juan Antonio Ortega y Medina, quien en su autobiografía nos dice:

La publicación de este artículo dio un nuevo rumbo a mi vida; la pequeña colonia española residente en Tapachula dejó de murmurar y de avergonzarse de nosotros; los cafetaleros alemanes se sintieron halagados por la diferencia que establecía entre la Alemania nazi y la patria de Goethe. Este artículo defensivo obró mucho en mi favor. Recibí ayuda de los lectores interesados y pude venir a la capital mexicana a continuar mis estudios, mediante una modesta beca de 90 pesos mensuales, de entonces.

La gente, la vegetación y la ensoñadora marimba les dieron el imborrable toque chiapaneco que recordarán siempre. Si estos cuatro pueblos en particular fueron sus bases, México en general fue la culminación de sus anhelos, la esperanza cumplida:

Mi profundo agradecimiento hacia el pueblo de México, en primer lugar al gobierno y a sus autoridades. Esta actitud de México para con los españoles republicanos, en un momento en que se cerraban las puertas de todos los países para con nosotros, tiene un valor muy estimado, que nosotros apreciamos profundamente. Y lo hemos manifestado con hechos, no solamente con palabras o declaraciones, sino con nuestra conducta. Así que nuestro agradecimiento está ahí, más que con palabras, con sentimientos, que éstos tienen que durar toda la vida (Isidoro Ponce).

Sin la precisión de un método como la historia oral, sin la profundidad de una técnica como la entrevista, sin la verificación de unos datos, la responsabilidad de una pesquisa, la objetividad de un investigador, el auxilio de otras fuentes, la colaboración de sus protagonistas, el apoyo y el patrocinio del Instituto Chiapaneco de Cultura en Tuxtla Gutiérrez dirigido por el doctor Andrés Fábregas Puig, sumados a los servicios básicos de instrumentos necesarios para el buen desarrollo de la técnica, el proyecto denominado “En tierra bien distante, refugiados españoles en Chiapas”, no nos hubiera mostrado la realidad del exilio en esta parte de México.

Todos los pasajeros que llegaron en el barco *Santo Domingo* y que residieron en Chiapas venían en tercera clase, pero fueron hombres y mujeres de primera, que se sintieron con la obligación de cumplir como personas, como trabajadores y como ciudadanos. Y lo lograron.

Para finalizar, considero relevante citar el párrafo siguiente:

Así como se recogen algunas pulgadas de cenizas heroicas, yo había recogido todos los detalles de esta empresa sin igual entre las más maravillosas fanfarroneadas humanas. Las había encontrado allí donde, para mí, yace la verdadera historia, no la de los cartapacios o cancillerías sino la historia oral, el discurso, la tradición viviente que entró por los ojos y los oídos de una generación, y que quedó tibia por el seno que la llevó y los labios que la contaron, en el corazón y la memoria de la generación siguiente (Barbeyd'Aurevilly, 1799).

## Bibliografía

Molina Hurtado, María Mercedes (1993), *En tierra bien distante. Refugiados españoles en Chiapas*, Tuxtla Gutiérrez: Gobierno del Estado de Chiapas/Consejo Estatal de Fomento a la Investigación y Difusión de la Cultura/DIF Chiapas/Instituto Chiapaneco de Cultura.